



En consecuencia, os hago otra: ¿Por qué (supuesto teneis ya conseguido la abolicion de aquel santo Tribunal, no omitiendo al efecto el concurso de relaciones sacadas del fondo de vuestra malignidad) no callais, celebrando con buenos tragos, y brindando entre las copas un triunfo tan memorable para la posteridad; como ya lo habeis hecho en santa alegría, juntándose para ello toda la venerable hermandad? O vosotros sois aquellos de quienes dice el Espíritu Santo "que se alegran quando han hecho el mal, y saltan de contento por haber executado cosas pésimas y abominables (1)" ó sois del número de aquellos de quien dice Jesu-Christo, "que ni á Dios temen, ni tienen á los hombres algun respeto (2)." Ciudadanos de Babilonia, hijos de la confusion y del desorden, si este asunto pasó ya á cosa juzgada, ¿á qué fin insultar todos los dias en vuestros folletos, á toda una Nacion católica que está suspirando por aquel santo Tribunal para que ponga freno á vuestra irreligion? ¿A qué fin infamarlo con tantas invectivas, con tantas y tan negras calumnias, con tantas expresiones indecentísimas, mas torpes aun que aquellas de que han usado los hereges? ¿A qué fin insultar á la cabeza visible de la santa Iglesia, censurando su conducta en la ereccion de este utilísimo y necesario Tribunal en España? ¿A qué fin esas torpísimas invectivas contra nuestros religiosos Monarcas, cuyo gobierno vuestra misma desvergüenza, y la decidida persecucion que teneis declarada á la santa Iglesia, nos lo hace desear cada vez mas, para respirar algun tanto, y vernos libres de una general tiranía, y crueldad con que encadenais nuestras opiniones y sentimientos religiosos, y los de toda la Nacion, empeñandoos en que hemos de seguir vuestros delirios, é impiedades? O dexad pues de ladrar, retirándoos á la casa de vuestros amos, en compañía de aquel señor diputado, hermano de vuestra cofradía, que publicamente ha dicho con mucha sal "que si en algun tiempo se restablece la »Santa, me expatriaré, y no volveré á España." (¿Qué dicha para España si gente de esta calaña se hubiera marchado con Napoleón á Francia! Allí no padecería tantos sustos y sobresaltos su inocente conciencia.) O dexad, digo, de ladrar, ó puesto que por no haber espetos y hogueras os manteneis á la orilla de la

(1) Job 22. (2) Luc. 18.



mar ladrando con tanto desafureo contra la luz del astro que reverbera en sus aguas, escuchadme:

¿Por qué razon despues de abolida la Inquisicion, seguis insultando á toda esa nacion Gallega en vuestros infames libelos, que segun me informa D. Elías Podenco, está actualmente representando á los abolidores que se les restituya la Santa con sus espetos y hogueras? ¿Y por qué unos hombres advenedizos, echadizos, extrangeros de ese reyno asi todos ellos, se han ido á cantar á casa y muladar ageno, metiendo tanto ruido, ensuciando con sus asquerosidades ese hermoso pueblo, jactándose con insolencia de la victoria sobre sus honrados y católicos habitantes? He admirado siempre la suma benignidad de nuestros tribunales con esta gente revoltada, aun quando alguno, antes de ahora, tuviese bien acreditada su raza perruna, y la maña de ladrar contra el tribunal de la Fé, allá allá quando era el órgano de los franceses, y escribía entre ellos y por ellos aquellos comentarios y postillas con que tanto ilustró á Castilla la Vieja, y servía devotamente á los Galos. No sé si por mas dicha (que suele resultar de circunstancias y tiempos favorables) ó si por mas astucia y alimaña, ello es que un dia llegó un gallo á triunfar de otro su competidor en su misma casa. Iba de resultas insolente, erguido el cuello y las crestas, blasonando con indecible arrogancia del buen suceso, pidiendo entorabuenas en aquel gran teatro de sus glorias, y pareciéndole corto aplauso el que le tributaban sus gallinas, subióse á lo mas alto del texado, y hecho pregonero de su triunfo, cantaba allí con requiebros, pero insultantes y rallantes su victoria injusta, y tiranía. Pero como siempre la arrogancia se encumbró para caer, oyóle por casualidad una águila, y enfadada de su desmedida jactancia y desenfreno, arrojóse sobre él como rayo serdo para prevenir con la execucion los temores, y así castigo su osadía; saliendo al mismo tiempo el otro de su abatimiento y rincon á la sosegada posesion de su reyno, desocupado del infame y orgulloso usurpador. Preciso es que una águila se dexé ver que cayendo como rayo sobre estos gallos franceses, les dé prontamente su merecido, porque si se aguarda á que ellos se expatrien con el establecimiento de la Santa, en el interin harán males incalculables, seduciendo con sus cantares impíos y obscenos á una nacion religiosa y púdica; Cantares obscenos! Protesto, que aunque tuve proporcion para leer los infames folletos que con el nombre de Ciudadano por la Constitucion salen en ese pueblo de la Coruña, haciéndome para que los leyese grandes intancias D. Elías Podenco, violentado, lei solo de dos unas quantas expresiones que él mismo me señaló. Pero ¡gran Dios! ¡qué palpitation el corazon, qué

rubor no poseyó mi rostro, quando lei en el folio 382 de letras bastardillas la expresion to pisima allí vaciada, y que el natural pudor no me permite trascribir, ni seguir su lectura que acaso será uniforme! ¡Barbaros, tunantes, salvages! Ya que no deis señal alguna de religion ¿no sería justo que siquiera dieseis á conocer que habiais tenido alguna pequeña educacion? Filósofos Cínicos, mas torpes que los mismos perros ¿son expresiones éstas (aun quando fuera cierto lo que anuncian) para estampar en papeles públicos contra unos ministros de J. C. contra una corporacion tan respetada de toda la Nacion? Libreme Dios de revelar el nombre de ningun miserable, si él mismo antes no lo publica, especialmente quando el delito es abominable. Mas ya que tuvo la desvergüenza el autor de aquel abominable y asqueroso papelon de autorizarlo con su mismo nombre y apellido, firmándose, *Valentin de Foronda*, es decir, un viejo mas cercano de la decrepitud que de la juventud, bien conocido en ese pueblo y fuera de él por sus empresas religiosas, y santa conversacion, no creo infamarle, supuesto se ha infamado á sí mismo, si le hago algunas reconvençiones christiano-políticas, para que todo el mundo conozca el buen viejo que en casa tenemos. Si yo pudiese pasar á ese pueblo y verme con el señor de Foronda (esto me suena á cosa honrada, ó del abismo) le dixera ó hablara de este modo: señor D. Valentin: ¿es V. el que con su sucio y escandaloso artículo comunicado manchó el papel con tan torpes expresiones contra el santo tribunal de la Fé, que taladran los oidos aun los no muy limpios y castos? ¿No advierte V. señor de Foronda, que siendo verdad aquello de nuestro señor J. C. que la boca profiere lo que en el corazon abunda (1), nos descubre el suyo muy libidinoso, y (no quisiera mentir) muy enfermo de aquel achaque que se dice padecian aquellos pobres viejos que no sé qué querian de la castísima Susana? Mire V. señor caballero que aun es necesario tener el corazon mas requemado que aquellos para hablar en público lo que V. vomita de torpe y sucio en su artículo, porque al fin aquellos sino fueron castos, fueron cautos y recatados: y qualquiera puede decir; si el señor de Foronda tan desvergonzado es en público ¿en secreto qué tal será? y tal vez alguno no pecaria si le aplicase aquello que S. Pablo decía de los malos christianos y novadores de su tiempo »que lo que ellos hacen en secreto, es cosa torpe el »decirlo (2).» Yo no sé si tal vez los libros que V. y sus hermanos leen traen por dogma de moral, que el infamar á muchos, á toda una corporacion, ó á toda una comunidad, nada tiene de

(1) Matth. 12. 34. (2) Ephes. 5. 12.

malo, y es cosa lícita en derecho, así como matar á uno ó dos hombres puede ser algún peccadillo, pero matar á un ciento bien puede pasar, porque son muchos los muertos, y ninguno chista, ni da á pie ni á mano. ¿Y qué nos responderá el señor Foronda, si segun los principios de religion le decimos, que está en estado de pecado mortal, y es incapáz de Sacramentos mientras no restituya la fama que injustamente quitó á los respetables ministros del santo Oficio, y no da satisfaccion pública á la Nacion que públicamente escandalizó? Mucho me temo que V. no dé á esto una respuesta que ni aun quiero indicar. Pero mientras V. no da aquel paso ¿será posible que V. nos pueda presentar la cédula del cumplimiento del precepto pasqual de este año? Por la de los pasados no pregunto. Lo mas sensible es, que segun parte de mi Poderco, ya se susurra por ese pueblo, que no obliga el precepto de confesarse porque no hay Inquisicion. Yo no sé que V. sea el tal dogmatizante; pero tampoco sé, qué es lo que me pica en los pies. La cuenta es, señor de Foronda, que V. está metido en gran varaunda. Si V. no restituye la fama poniendo en seguida un grande y grueso freno á su lengua, no puede cumplir con el precepto; si no cumple con el precepto, da al público otro nuevo escándalo, y descubre mejor sus doctrinas religiosas. Con que ¿en qué quedamos? pues *lupum utraque aure tenemus*.

V. haga lo que quiera, señor Don Valentin, porque los liberales están en la época de decir y hacer quanto se les antoje, porque así se lo ordena el gran apóstol Tacito: *Sentire, quæ velis, et quæ sentias, dicere licet*. Y tambien porque todas las vaciedades y negras calumnias que V. y sus compañeros vomitan, y otras muchas, no son parte de su bizarro ingenio, sino los cuentecitos que V. vió sembrados en el informe de la comision de Constitucion, que V. estudió de memoria, sin dignarse de leer la refutacion que otros sabios y religiosos señores del Congreso han hecho de aquel papel, graduándolo de herético, cismático, y escandaloso. Como *Regis ad exemplum totius componitur orbis*, y quando el Guardian juega á los naipes, lo mismo hacen los Frayles, por esta parte están los liberales ó libertinos bien á cubierto; aunque es bien cierto que para hacer aquellos señores informantes lo que hicieron, influyendo contra el consentimiento de la Nacion, la abolicion del santo Tribunal, no habia necesidad de denigrarle con tantas paradoxas, ajenas de la honestidad, y gravedad de legisladores y procuradores de una Nacion noble y generosa, contr viniendo é infringiendo ellos mismos las leyes que nos han dado sobre la libertad de la imprenta, que no permiten que se hable contra la Religion, ni se

infame á nadie. Quando Dios quiera dité lo que me resta. Ahora solo hablo con mi buen viejo, ó como dice un cierto, con un niño *centum annorum*, por lo menos; y por la catadura acaso raya V. en los setenta; edad ciertamente, señor Don Valentin, para entrar en juicio, porque los mozos pueden morir, pero los viejos no pueden vivir; y esto debe ser antes que Dios entre con V. en juicio, quando le hará ver si *la Inquisicion como saben VV. estaba en contradiccion con los dulces consejos de aquel Omnipotente, que nos ha de juzgar al fin del mundo.*

Esta es mucha zalamería, mi buen viejo. Si para el fin del mundo me las guarda V. mucho tiempo, le queda para vomitar torpezas. Yo me acuerdo haber leído en el P. Asiete, que antes de aquel juicio universal ha de haber otro que se le ha de hacer en caliente al señor Foronda luego que exnale su alma. Si aquella expresion encierra allende algun misterio, no quiero ahora meterme á adivinarlo. Me contento con que aunque sea allá tarde, mal, y arrastro; confiese D. Valentin que *aquel Omnipotente* le ha de juzgar. Si así ha de ser, quisiera también saber ¿como piensa V. que habrá de salir de aquel terrible y espantoso tribunal? Si he de decir lo que se me ofrece, trabajando V. tanto con sus concoleas para realizar los planes de Napoleon, ó en la parte que Napoleon no ha podido, y desaparezcan todos los chismes de cocina, esos espetos, esos peroles, esas calderas, me parece ha de llegar V. á tener la satisfaccion de conseguir con sus *dulces consejos que aquel Omnipotente* que le ha de juzgar *al fin del mundo*, venda ó haga almoneda de todos los ajuares de aquella su eterna cocina al fin del mundo, para que no ofendan y atormenten los ojos dulcísimos y filantropicísimos de D. Valentin, hombre valiente por los quatro costados. ¿Qué sería ver entonces entrar á D. Valentin por las puertas de aquella cocina (sinceramente pido al Omnipotente, que tal desgracia no suceda al Sr. de Foronda, ni á ninguno de sus cofrades, lo que espero muy de veras de los *dulces consejos*, e inspiraciones que *aquel Omnipotente* está enviando á sus corazones por si quierén aceptar en este tiempo de su dulzura el partido con que les convida) ¿qué sería, digo, ver entrar á D. Valentin? ¿Con qué aplausos no sería recibido entre aquellos nobles cocineros? Me parece que postrados todos de rodillas, le condecorarian de común acuerdo con el pomposísimo y tan merecido título de univesal regenerador y reformador de cocinas, y con esto echaria la pata á Napoleon, que aunque tan de veras lo ambicionó, no ha podido lograrlo en todas sus partes. Este triunfo se reservaba para el señor de Foronda, pero con ayuda de sus concoleas.

Valgale Dios ¡y qué mania ha tomado el caballero de la Tris-

te Figura con los trastos de 'las cocinas! Se me está representando al famoso D. Quixote. Su travesura la cuenta de este modo el verídico autor de su vida. Reposaba éste en un camaranchon, de donde salió Sancho Panza todo alborotado, diciendo á voces: Acudid, señores, presto, y socorred á mi señor que anda envuelto en la mas refñida y trabajada batalla que mis ojos han visto: vive Dios, que ha dado una cuchillada al gigante enemigo de la señora princesa Micomicona, que le ha tajado la cabeza cercen á cercen como si fuera un nabo. ¿Estais en vos, Sancho? le dixo el Cura. ¿Cómo diablos puede ser eso que decís, estando el gigante dos mil leguas de aquí? En esto oyeron un gran ruido en el aposento, y que D. Quixote decia á voces: tente, ladrón, malandrín, follón, que aquí te tengo, y no te ha de valer tu cimitarra: y parecia que daba grandes cuchilladas por las paredes (como lo hace con la cabeza su merced), y dixo Sancho: no tienen que pararse á escuchar, sino entren á despartir la pellea, ó á ayudar á mi amo, aunque ya no será menester, porque sin duda alguna el gigante (la santa Inquisicion) está ya muerto, y dando cuenta á Dios de su pasada y mala vida (según las torpes imposturas del caballero andante) y la cabeza cortada y caída á un lado (como acostumbraba hacerse en la cocina ó matadero de la Inquisicion) que es tamafña, como un gran cuero de vino. Que me maten, dixo el ventero, si D. Quixote, ó Don Diablo, no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto (¿lo qué hace el vino!) que á su cabecera estaban llenos, y el vino derramado debe ser lo que le parece sangre á este buen hombre (que trastornada la cabeza, no ve en las cocinas de la Inquisicion sino rios de sangre). El sabio historiador advierte aquí, que aunque D. Quixote era mas recatado y honesto en sus palabras y trato que los caballeros andantes de ahora, en este lance tan terrible é imprevisto se dexó ver con una figura y cadadura, que asegura no era cosa mayor por delante y por atrás. Añade luego, que en la derecha tenia desembaynada la espada, y lo bueno era que no tenia los ojos abiertos (como tampoco D. Valentin) porque estaba durmiendo, y soñando que estaba en batalla con el gigante (horroroso, cruel, sanguinario, anti-religioso de la Inquisicion); que fué tan intensa la imaginacion de la aventura que iba á fenecer, que le hizo soñar que ya habia llegado al reyno de Micomicon (de las luces, de la libertad, de los derechos imprescriptibles y de propiedades, que se dan hoy mas baratas que una ínsula Barataria). Lo qual vistó por el ventero, tomó tanto enojo, que arremetiendo con D. Quixote, y á puño cerrado le comenzó á dar tantos golpes (lástima no haya por allá

otro ventero, esto es, un magistrado, que cumpliendo en esta parte con su deber según la Constitución, descargue golpes sobre esos constitucionales, verdaderos caballeros andantes, introducidos en esa para trabar batalla contra la santa Religión, sus ministros, y las autoridades civiles, como si todas fuesen odres de vino) »que si Cardenio y el Cura (¿a qué se meterán los Clérigos en estas zarandajas de gobernar y pacificar las gentes, si su destino no es otro que rezar y residenciar? Vaya, que en todo han de querer meter el hocico, como si los caballeros de la triste figura no pudiesen hacer todas las figuras) »digo, que si Cardenio y el Cura no se le quitaran de las manos, él acabaría la guerra del gigante. La cabeza de éste andaba buscando Sancho por todo el suelo, y como no la hallaba dixo: ya yo sé que todo lo de esta casa (de la Inquisición) es encantamiento (porque así lo dice D. Valentin el Sancho, que no hay allí sino *brujerías, hechicerías, tuctos con el demonio*, y aquella otra cosa torpísima que el impudico señor Foronda añade luego) »que la otra vez en este mismo lugar (bien quisiera yo que nuestro caballero estuviese ahora en aquella como lo merece, para que nos hablara como experimentado, y no de memoria) »donde ahora me han matado, me dieron muchos moxicones y porrazos, sin saber quién me los daba (eran las brujas, que D. Valentin no cree que las hay, hasta que le suceda lo que á Panza) »y nunca pude ver á nadie, »y ahora no parece por aquí esta cabeza, que vi correr por mis mismos ojos (como V. vió el cuento del sabio Pignatelli, sobre el que tenemos mucho que hablar), »y la sangre corría del cuerpo como de una fuente. ¿Qué sangre, ni qué fuente dices, enemigo de Dios y de sus Santos (¿si éste será D. Valentin?) »dixo el ventero; ¿no ves, ladrón, que la sangre y la fuente no es otra cosa, que estos cueros (al pelo, que de acá fueron á Galicia) »que aquí están horadados, y el vino tinto que nada en este aposento; que nadando vea yo el alma en los infiernos de quien los horadó (tanto no se lo deseo yo, mi D. Valentin). »No sé nada, respondió Sancho; solo sé que vendré á ser tan desdichado, que por no hallar esta cabeza, se me ha de deshacer mi Condado (como á V. señor Caballero esa su república platónica y ese reyno de Saturno, que se le encajó en la mollera le había de venir rodando quando se viese libre de espetos y mordazas.) »Entre tanto D. Quixote (á ambos palos hace D. Valentin) »creyendo que ya había acabado la aventura, y que se hallaba delante de la princesa Micomicona (no sé si V. tendrá algunas Micomiconas ante quienes haya hecho la misma ceremonia de estilo entre andantes) »se hincó de rodillas delante del Cura (¿qué

equivocaciones tan groseras padecen semejantes caballeros!) diciendo: «Bien puede la vuestra grandeza, alta, y hermosa señora, vivir de hoy mas segura, sin que le pueda hacer mal esta mal nacida criatura (que á todos los Quixotes foragidos y malos christianos, y á todas las Micomiconas con quienes pasamos nuestros ratos de placeres, nos anda acechando, siguiéndonos en todas partes los pasos ese gigante descomunal, ese maldito tribunal para indagar hasta lo que hablamos, y en qué empleamos estos cuerpecitos): y yo tambien de hoy mas soy quitto de la palabra que os dí, pues con ayuda del alto Dios, y con el favor de aquella por quien yo vivo y respiro, tan bien la he cumplido.

¿No lo dixes yo? dixo oyendo esto Sancho: sí, que no estaba yo borracho, mirad si tiene puesto ya en sal mi amo al gigante, ciertos son los toros (victor D. Valentin) mi condado está de molde. Todos refan, sino el ventero que se daba á Satanás: pero en fin, tanto hicieron el Barbero, Cardenio y el Cura, que con no poco trabajo dieron con D. Quixote en la cama (á D. Valentin le venia como de perlas una de aquellas camas forondeadas que se ponen en cierta posada á los buenos mozos, y *gratis*). Entretanto la ventera decia en voz y en grito: en mal punto y en hora menguada entró en mi casa este caballero andante, que nunca mis ojos le hubieran visto (en Galicia á hombre tan deshonesto é impudico) que tan caro me cuesta (sufrir sus torpezas). Señor de Foronda (forondeado lo vea yo por todos los siglos): si no he hecho de su prototipo toda la aplicacion que V. se merece, V. me perdone. Déxese, señor, de andar buscando la cabeza de ese gigante Inquisicional; mire D. Valentin que está en un pueblo que lleva muy á mal su torpe desenfreno, y que V. use un language todavía mas impío é insolente que lo han usado los hereges.

Me temo, señor Foronda, que si V. sigue en infamar y calumniar á un Tribunal que toda la Nacion venera, y quiere ver restablecido para que exterminie á todos los tunantes forondeantes, y sin que le haya de valer informe calumaioso de la comision, le habré de ver como á Sancho Panza dar por el ayre aquellas volietas que V. sabe, y que al pobre Sancho le quedaron tan clavadas en el caletre, que siémpre y en todas partes se le figuraba que le subian para repetir la operacion: y mire V. que el buen Sancho era muy honesto y recatado, y sobre esto era un católico cerrado; y V. D. Valentin, de lo primero nada tiene, y de lo segundo no es largo, pues por lo menos debe graduársele de fautor de hereges.

EN LA OFICINA DEL EXACTO CORREO.